

Caballos de escalofríos  
galopando por mi carne  
surcan veloces los ríos  
de las venas de mi sangre.

Globulillos asustados  
con palidez sobre el cauce  
de las arterias, han puesto  
a remojo mi semblante.

Los cascos precipitados  
en el corazón me laten,  
mientras canta «las cuarenta»  
el árbitro de mis naipes.

El agua fría del río  
me hierve ahora en la sangre  
y los glóbulos se ahogan  
en su delirio asfíxianie...

## FIEBRE

A Don

JESUS CALDERON

Sueño casullas de curas  
y un aletear de Angeles,  
sobre abiertas sepulturas  
con tibias tomando el aire,

El Doctor, extiende una  
papeleta indescifrable.

La «parca» llama a la puerta.  
pero Fleming no le abre...

Unos minúsculos hongos  
caballos bárbaros pacen  
y muertos caen sobre el río  
de las venas de mi sangre.

Del primer escalofrío  
y del fuego delirante,  
ya sólo queda el recuerdo  
de un termómetro en menguante.

Arturo Enrique SANCHEZ



## Voces y expresiones viciosas

**Q**u sería fácil determinar cuál es la parte más impor-

tante de la oración. Todas cumplen sus fines y hay que considerarlas como capitales. Pero no es lo mismo enlazar que desunir; reemplazar a las personas o cosas; señalar el régimen de los verbos, etc. que nombrar, calificar o designar estado, acción o pasión.

Cuando el hombre se percató de cuanto le rodeaba, de que era el espectador del Universo, hay que suponer que lanzaría exclamaciones que expresasen su asombro. La interjección debió de ser algo así como la aurora del lenguaje. Después se designarían las cosas o se apreciarían sus cualidades, y el nombre y el adjetivo entrarían en el habla como sus elementos más poderosos. Pero el estado, acción o pasión de las personas, animales y cosas promovió el verbo, cuya fusible naturaleza física fue susceptible de voces, modos, tiempos, números y personas, aparte del valor, caracteres y circunstancias en que se descoge el cúmulo de sus funciones expresivas.

Es el verbo, pues, parte muy valiosa de la oración, y a nadie puede sorprender que tanto los *hablantes* como los *escribientes* tendieran siempre, con más o menos tino, a aumentar su proliferación.

*Ambientar, homenajear, presupuestar, obstaculizar, actualizar, presionar, protagonizar, revolucionar, solucionar, connotar*, etc., atestiguan la propensión neológica del hombre, que con tal de facilitarse el camino forma nuevos verbos en vez de buscar sus equivalentes más legítimos.

Reproduzcamos en estas páginas, como leal advertencia a incautos cultivadores de la palabra escrita, conversadores y locutores, unos cuantos ejemplos de tales demasías léxicas:

«Ya se *ambientará* usted», Fernando Gutiérrez, trad. de *El Doctor Jivago*, de Boris L. Pasternak (Barcelona, 1958), pág. 295.

«...sin incurrir en ninguna de aquellas reverencias con que había *homenajado* mi linaje...», Bartolomé Soler: *Tamara* (Barcelona, 1933), pág. 37.

«...—y díganlo sino los Echegaray, los Galdós, los Benavente, los